

BLANCA MONNIER

SECUESTRADA POR SU MADRE

25 AÑOS DE MARTIRIO

DETALLES DE LA FAMILIA HASTA QUE FUE SECUESTRADA

PRIMERA PARTE

En uno de los palacios de París, habita el Marqués de Monnier con su esposa y dos hijos el uno llamado Marcelo y la otra una hembra la más encantadora de Francia, la cual por sus buenas cualidades y su buen comportamiento llegó su padre á tomar más estimación que á su hermano Marcelo llevándola su padre á los teatros, al baile de la ópera en fin todas cuantas diversiones encontraba para distraerla y colmarla de regocijo, esto fué la causa de muchos disturbios en la casa.

Tanto es así que la madre llegó á resentirse y la tomó tal envidia que no la podía ver.

Cuando Blanca cumplió 15 Años murió su padre, quien dejó herederos de todo lo que poseía á sus dos hijos, de seis millones de francos que en metálico tenía, dejó cuatro para su adorada Blanca y dos para su hijo Marcelo. Más aquí principian las desgracias de esta desventurada

La madre no quiso perder ocasión tan buena para vengarse de la envidia que la profesada á su hija y calculando un medio para dejarse de ella á los pocos días de haber muerto su marido llamó á su hijo Marcelo á su despacho y con un ademán cariñoso le dijo de esta manera. Marcelo hijo mío, tú que tanto has estudiado no te pasa por la imaginación ninguna idea para deshacernos de tu hermana.

Madre mía no me se á ocurrido más que mandarla matar y pagar con dinero á los asesinos. No hijo mío porque los asesinos despues de los pagues siempre vendrán pidiendo dinero y de no dárselo lo descubrirán

Yo he pensado meterla en el subterráneo y dejarlo á pan y agua hasta que su cuerpo se vaya consumiendo y cuando muerta allí quedará enterrada,

Eligieron para la cárcel un pequeño cuarto interior que daba á un jardinillo

Así pasaron días, semanas y meses, pronto principió aquella naturaleza á resentirse de tanta privación y miseria, y su cuerpo fué cubriéndose poco á poco de costras úlceras y parásitos de todo género.

Los inviernos, frios allí, los pasaba cubierta solamente con aquella manta que la primera noche le dieron, manta cubierta como su cuerpo de agujeros y parásitos.

Las visitas oían á veces gritos, ayes y lamentos producidos por el hambre que la desgraciada pasaba, ó por las molestias y dolores que las úlceras y parásitos le producían y entonces aquella madre desalmada, con beatífica resignación, se levantaba, pedía permiso á la visita, alzaba sus ojos al cielo y decía: Es la crisis de mi Blanca que principia, salía corria á la despensa, busca una fruta ó chuchería más ó menos averiada y la lanzaba á la desventurada, que hambrienta la devoraba en silencio, sin preocuparse de la calidad de la casa.

Tras tantos años de privaciones y sufrimientos, la robusta naturaleza de Blanca se había debilitado tanto; que ya no era ni la sombra de esbelta jóven llena de gracias atractivos

Tal estado, sin embargo, no podía ser eterno, Dios que es justo, velaba por aquella desdicha y valiéndose de una criada que limpiendo se hallaba en el jardín apercibiera de un mal olor que manaba por una ventanilla, que era la única que tenía el calabozo, tan grande y corrompido era el olor que allí salía, que á pesar de estar herméticamente cerrado, aún se apercibía.

Habiendo limpiado un cuarto que encontró abierto y el pasillo; pero llamóla la atención otro que había y tenía la llave puesta; intento abrirle y fue en vano la llave no giraba en la cerradura.

Por fin hizo un violento esfuerzo y la puerta se habrio, no sin grande chirrido.

Al oír Blanca aquel ruido, para ella desconocido, trató de incorporarse, no pudiendo conseguirlo. ¡Tan grande era su postración!

Quería llamar la atención de la doméstica, deseaba ser visita, quería hablar pero ¡quia, imposible! todo era en vano.

Por fin Dios hizo un milagro, Hizo que sus ideas en aquel momento se aclarasen, que de sus labios brotasen algunas palabras.

Gracias .. á Dios... madre mía .. exclamó... que al fin... habeis tenido... compasión y misericordia... de esta desgraciada! ¡Gracias á Dios.., que habeis venido á visitar á vuestra hija! ¿Me perdonais? ¿Es verdad que ya teneis compasión y lástima de este pobre esqueleto? ¡Miradme! ¡Mirad en que triste situación me encuentro!

¡Madre de mi alma, yo os perdono, no quiero mas que me saqueis de aquí para respirar un poco de aire puro!

A medida que Blanca hablada, se iba tranquilizando. Por fin dijo: Señora, yo no soy vuestra madre.

¿Quien sois pues, que tanto bien me haceis viniéndome á visitar?

¿Sois quizá, algún ángel de Dios y siendo sabedor de cuanta tristeza tiene mi corazón, quizás vos me sacareis de aquí no es verdad? Decidme que sí. Sacadme pronto.

No soy ángel.—Murmuró la criada,—pero yo os aseguro que muy pronto os sacaré de aquí. He hecho ademán de retirarse

Escuchadme, si así lo haceis, todo lo que poseo será para vos.

Gracias señora, no quiero nada, yo cumpliré mi palabra.

A primeros del mes de Junio en que trazamos las presentes líneas, la asistió á su desbacho el procurador de la República, hojeó, según costumbre la correspondencia.

Sin embargo, aquel día había de constituirse para el una de las excepciones de la regla.

Abrió uno de las cartas y al buscar, antes de leerla, firma de ritual, encontróse con que no la tenía.

Entonces murmuró con desprecio,—¡Otro anónimo!

¡Imposible! ¡Imposible!... Esto debe ser una atroz calumnia... La humanidad, por mala que sea no puede serlo tanto... El miserable que ha escrito ese papel, ha querido por lo visto, vengarse de algún supuesto agravio que le haya hecho esa honrada familia.

Por eso no se atrevido á firmar.

SEGUNDA PARTE

El contenido del papel que tanta impresión había producido en el Procurador de la República no podía ser más grave.

Decía en él que la señora Monnier, su complicidad con su hijo Marcelo, estaba cometiendo, desde hacia veinticinco años, un lento y horrible asesinato en la persona de la infeliz Blanca, que la situación de ésta era lastimosa y que si no se quería perder toda esperanza de salvarla la vida era necesario que la justicia se personase en el domicilio de la anciana y visitara una habitación retirada del palacio, cuya situación se indicaba detalladamente.

—¡Imposible! ¡Imposible!... Concíbese que una madre, en un momento de arrebató hiciera ó mate al fruto de sus entrañas, se han dado casos de que una viuda que ha contraído segundas nupcias y enamorada del nuevo marido y apasionaba por los hijos de este, haya cometido horror á los del primero sujetándoles á malos tratos durante un tiempo más ó menos largos, pero no ocurre ninguna de tales circunstancias... Si he de creer lo que me dicen en ese infame papel... infame sí, por que no puede ser verdad su contenido! habría de pensar que existen seres humanos desprovistos en absoluto de sentimientos verdaderos obertos de la Naturaleza.

¡No importa! Hay aperraciones inconcebibles que sin embargo resul-

tan una realidad... y de todas maneras tu deber de funcionario del orden judicial es asegurante de la verdad sin tener en cuenta ni los antecedentes ni la pasión de la persona ..

¡Ante la ley todos deben ser iguales! El rico y el pobre, acusamos de de un crimen aunque sea anonimamente, son por igual sospechosos y no hay razón para segundo. ¡Magistrado de la República, cumple tu deber!

Sin previo aviso se personó en casa de la viuda de Monnier, quién á la sazón se encontraba en el salón conversando con su hijo Marcelo, casado ya y viviendo cerca de la casa de su madre.

La madre y el hijo se deshicieron en protesta de honradez y de virtud, invocaron su pasado, sus relaciones, todo, todo salio á relucir, más sus reticencias al contestar á las preguntas del magistrado apretase más en la interrogación, terminando por pedir autorización para hacer una pesquisa en aquel caserón:

Describir el cuadro que se presentó al procurador de la República sería imposible.

Allí reducida y oscura estancia, entre cuatro asquerosas paredes, negras por el tiempo y cubiertas con toda clase de reyecoiones, sobre un mísero jergón que no tenía de ello nada más que el nombre y cubierto con un harapo, yacía tumbada por no poderse tener de pie, un esqueleto humano con una cabellera largar, sucia y enmarañada con unos ojos ternes y salientes, reflejando la estupidez, con una piel negra y pergaminada, con unas uñas espantosas que medían tres centímetros, revolcándose en la más espantosa pocilga que imaginación humana puede soñar.

Dirigióle la palabra varias veces, pudiendo obtener solo sonidos inarticulados que revelaban la ferocidad á la par que la estupidez y en vista de cuanto presenciaba, ordenó lo necesario para que la desgraciada fuese conducida al hospital y á la madre y al hermano á la cárcel.

Transportada la infeliz Blanca al hospital, fué despojada de aquellos inmundos harapos que la medio cubrían y las visiones que en los primeros días tanto la aterrorizaban, fueron desapareciendo y hoy ya sostiene cortos diálogos con quien va á verla, lo que sí continúa causándole horror profundo y un miedo que se refleja en su mirada, es oír hablar de su madre y de su hermano.

¡Desgraciada! ¡Cuánto no la habrán hecho padecer!